

## JERUSALEN NO ES LA «CIUDAD DE LA PAZ»

Por J. C. LÓPEZ-LOZANO

*He reflexionado sobre como los hombres luchan y pierden las batallas y a pesar de su derrota la cosa por la cual lucha, se da, y sobre como y cuando llega resulta no ser lo que querían, otros hombres han de luchar por lo que querían bajo otro nombre.*

WILLIAM MORRIS

El estímulo de las presiones continuas y el fruto del impacto de los impedimentos, presionan sobre este año que corre bajo un verdadero alud de coincidencias históricas. El rebaño humano de que hablaba Raiyeh, se amasa y se desglosa, entre mayorías apacibles y ahítas y minorías discordantes, protestatarias. Cae el vino nuevo de las generaciones en los odres viejos. Dormirse en los laureles de lo conseguido es el modo pasivo de sucumbir a la némesis de la creatividad. Despertar y abatirlo todo, es buscar nuestro nadir, correr el riesgo de ser traicionados por lo que hay de falso dentro de nosotros.

Hace cuatrocientos años que nació Mahoma y muchos más, mil novecientos, que Jerusalén fue destruida. Nació entonces una nueva escuela de judaísmo que renunció a *la idea de que el Reino de Dios era un Estado externo de cosas que estaba a punto de manifestarse*, según Burkitt.

La crisis estalló hace diecinueve siglos en Jerusalén al separarse las diez tribus que seguían a Jeroboán y formarse el Reino de Israel, cuya capitalidad inicial estuvo en Siquén. La

Ciudad Santa estaba marcada a fuego por la historia: el saqueo de egipcios, israelitas y asirios, la catástrofe del 586 a. de J. C. con Nabucodonosor. El año setenta, repetimos, sobrevino su ruina con el asedio, el asalto y el incendio a cargo de las legiones de Tito, hijo del emperador Vespasiano.

La Iglesia Madre de Jerusalén había tratado de censurar a San Pablo —año 56— achacándole como herejía el hecho de que los gentiles pudieran salvarse. Mas catorce años después, las tropas romanas destruyeron la ciudad y la idea de San Pablo, su doctrina —desaparecida la Iglesia Madre jerusalita— comenzó a adueñarse de todo el cristianismo católico. *Nació la interpretación paulina a la que ahora pretende retornar la Iglesia, superando la larguísima era constantiniana. Los cuatro evangelios escritos después de la caída de Jerusalén, se iban a hacer eco de la interpretación paulina de Jesús.* Saulo, Pablo de Tarso, cambiaría su primitivo nombre habido en Chipre, Pafos. La Ley de Moisés se abolía para los nuevos conversos. Las epístolas de San Pablo iban a ser los pilares escritos de la gran Iglesia que comenzaba a forjarse entre las capas populares. Pablo llevó a Roma su paulinismo, saturado de ribetes helénicos, porque él vivía y pensaba en griego.

El cristianismo paulino iba a expandirse por el Imperio Romano a partir de hace mil novecientos años justamente: era una «Nueva Israel» que olvidaría primero y maldeciría después el israelismo, hasta que en el Concilio Vaticano II, desapareciera el concepto de pueblo deicida, precisamente *bajo un Papa que lleva también el nombre de Pablo*, cuando aún no ha muerto la hebreofobia.

Hay más, el último «ghetto» público que hubo en occidente, quedó anulado y fue abierto hace cien años: en 1870, cuando las tropas de Víctor Manuel abatieron el poder temporal del Vaticano. Aquel fue uno de los más importantes hitos de la involución del constantinismo. Terminaba la larga era que dio inicio en el año 312, cuando Constantino adoptó la cruz como estandarte imperial. Acababa el régimen económico habido después del edicto de Milán, que restituyó a la Iglesia todas sus propiedades. Empezaba a deshacerse el sistema de una religión como asunto de Estado. Toda la histo-

ria forjada a partir del 20 de diciembre de 1046 acababa el 20 de septiembre de 1870: hará ahora una centuria.

El drama de las diez tribus perdidas, la deportación y el trasplante por el Señor de la Guerra asirio Sargón, los trasplantes judíos por el Señor de la Guerra neobabilónico Nabucodonosor al corazón del mundo babilónico, deberían traer serias consecuencias posteriores al mundo. Se enfrentó la sociedad siríaca mesiánica del futuro militarista a los acontecimientos y llegó la satánica sublevación judía (66-70). Fueron entonces fariseos aquellos que se separaban (secesionistas) que tuvieron como progenitores al viejo escriba Eleazar y los siete hermanos.

Después, ahora, el credo judío dejó de ser fósil ni siquiera crisálida que iba a limitarse a cumplir sus fines. Fue el nacionalismo europeo el que llevó a los judíos a la diáspora donde tuvieron que reinventar su propio nacionalismo moderno.

Curiosamente, sionismo y antisemitismo nacen en tierras germano-hablantes: Hertz y Hitler —dos haches— nacen en Austria todavía bajo los Hapsburgos imperiales. La absorción sionista en Israel ahora es la misma que se empleó antes contra ellos. Al desertar de la diáspora se dedicaron a construir una nueva nación como hicieron los pioneros protestantes en EE.UU., Australia y Rhodesia o Sudáfrica.

Su irrupción en el Fértil Creciente ha acarreado ya tres guerras y puede desatar otra. Por lo pronto —conviene aclarar esto— por la lucha árabe contra Israel, occidente se vio inmerso en unas subidas de precios en el petróleo que han sumido al mundo de occidente en una crisis económico-social de la que todavía no ha salido.

Verdadero suceso es la afirmación sionista: Después de 2.000 años hemos vuelto triunfantes a nuestra antigua y no olvidada patria. Israel renacido, es hoy lo que siempre fue: una minoría en lucha, la eterna disidencia, lista para el sacrificio, no para hincar la rodilla.

A estas alturas, pensando en el drama árabe-judío, es curioso recordar que la primera vez que se menciona a Urusalén —Jerusalén, la «Ciudad de la Paz»— es en documentos egipcios a comienzos del segundo milenio antes de Jesucristo.

Y por la ciudad de la paz, convertida en ciudad de la guerra, prosigue la lucha entre árabes y hebreos por la defensa o la derrota de los palestinos.

Cuando esto ocurre, el hombre occidental se ha despersonalizado a sí mismo de tal forma que ya no es suficientemente humano para alzarse contra su maquinismo.

Paralelamente, Pablo VI declaró que había que rematar las tareas del Concilio Vaticano I a través de las tareas del II. Así, por vez primera, la Iglesia tomaba conciencia de encontrarse en presencia de una razón totalmente autónoma frente a un acontecimiento histórico caracterizado por una incredibilidad socialmente generalizada.

Era preciso acrecentar la autoridad de la Iglesia en la unidad, en la profesión de la Iglesia y en la unidad de la fe inaugurada por Pedro.

Hubo necesidad de dos concilios; pero, ¿hubo continuidad? Han surgido diferencias esenciales: antaño era una Iglesia asediada, hogaño es una Iglesia libre y abierta caminando por una senda de dificultades y de abrojos.

Surgieron dudas y obstáculos ante la infalibilidad del Soberano Pontífice, ante las cuales el Cardenal de Bolonia—Siri—dijo: La infalibilidad del Papa concierne solamente a aquellas decisiones que interesan la Verdad en la relación religiosa en la que Cristo hace revivir al pueblo de la nueva y definitiva alianza: ésta es la nueva fórmula de reconocimiento de la infalibilidad, cuando sigue desatada la guerra en los Santos Lugares y Jerusalén, disputada, no es la Ciudad de la paz.